

RELACION ENTRE LOS PRINCIPALES COMPLEJOS CULTURALES QUE INTERACTUARON EN AMERICA LATINA Y LAS CLASES SOCIALES. LA INCIDENCIA DEL ESPACIO

Ricardo Oscar Agüero

*Departamento de Geografía. Fac. Humanidades y Cs. Educación.
Universidad Nacional de La Plata*

Introducción

Con respecto al propósito de este trabajo, lo que se trata de desarrollar básicamente son las pautas generales que se deben contemplar para el estudio de este tipo de temáticas y, a su vez, construir una metodología primaria que nos permita acercarnos a la comprensión más cabal de estos procesos, sin desconocer que para una caracterización ajustada de estas relaciones, se requiere de estudios específicos, donde se consideren en todo su dimensionamiento las variables que interactúan en un medio concreto.

Ahora, entrando en tema, este ensayo trata de analizar las diversas implicancias que se conjugan en la relación que se puede establecer entre los principales complejos culturales que se manifestaron en América Latina, y las clases sociales y sus correspondientes expresiones territoriales. Se procura vincular, en esencia, el entretejido que se estructura entre los diversos «complejos culturales» intervinientes con las «características físicas» predominantes, que supuestamente distinguen a estos complejos, y las «clases sociales» que se van conformando, en función de la relación que se establece entre los diferentes grupos culturales con los medios de producción.

Para considerar adecuadamente estos procesos, consideramos que es necesario ante todo, desarrollar un encuadramiento conceptual de las principales variables que se entrecruzan en este contexto temático.

ENCUADRAMIENTO CONCEPTUAL DE LAS PRINCIPALES VARIABLES INTERACTUANTES

En este sentido y como primera medida, trataremos de destacar y caracterizar, sin pretender arribar a una definición concreta, cuatro componentes claves, sobre los que pivotean los análisis del presente estudio. Ellos son:

1) Las «características físicas» o antropológicas (según la terminología francesa) sobresalientes de los grupos humanos que se encontraron en el continente americano. A modo de síntesis y alternadamente, se podrá hablar de «raza» con un criterio flexible, no peyorativo, para destacar de los grandes agrupamientos aquellos rasgos físicos hereditarios comunes que se reflejan corporalmente y nos permiten diferenciar de manera gruesa a los mismos.

En sí, no tienen intrínsecamente, estas características, mayor relevancia para la Geografía, como muy bien deduce P. Gourou: «Las diferencias entre los grupos humanos (llámense razas o de otra manera) son ante todo de civilización; en comparación con esto las diferencias «raciales» son mínimas» (GOUROU, 1981:127). No obstante, esta noción nos va a servir como punto de referencia por la serie de concatenaciones que surgirán a partir de la misma.

2) Las «etnias» como una categoría de indiscutible valor conceptual, porque introduce básicamente apreciaciones culturales, que enriquecen la caracterización de las asociaciones humanas. Al respecto dice R. Breton: «En un sentido amplio la etnia se define como un grupo de individuos unidos por un complejo de caracteres comunes - antropológicos, lingüísticos, político-históricos, etc.- cuya asociación constituye un sistema propio, una estructura especialmente cultural: una cultura» (BRETON, 1983:12). A su vez, R. Stavenhagen especifica: «Un grupo étnico se caracteriza por tener una lengua propia y por compartir un conjunto de valores, tradiciones y costumbres que se encuentran involucrados en una red más o menos sólida y permanente de relaciones sociales (familiares, económicas, políticas y religiosas). A veces se fortalece con rasgos biológicos o raciales reales o supuestos, pero éste no es siempre el caso» (STAVENHAGEN, 1989:17). En concreto, es un concepto superador, que va más allá de las valoraciones biológicas al identificar a los grupos, de una manera más integral y digna.

3) Las «nacionalidades» como una noción más difusa que puede tener diferentes significados o dar lugar a diferentes interpretaciones. El citado R. Breton dice al respecto: «En el uso corriente oficial de algunos países la nacionalidad de una persona es su ciudadanía, es decir su cualidad de ciudadano o de sujeto de un estado. En un sentido histórico, y casi siempre usado en plural, las nacionalidades son colectividades étnicas que, dentro de ciertos estados, se distinguen de la nación principal por su particularismo: se dice también minoría racial o minoría étnica» (BRETON, 1983:15). A su vez H. Pratt Fairchild, en lo referente al concepto de nacionalidad, lo determina así: «Grupo humano unido por vínculos especiales de homogeneidad cultural. Una nacionalidad auténtica está animada por la conciencia de lo semejante y tiene una similaridad fundamental en sus costumbres...» (PRATT FAIRCHILD, 1966:196).

Dentro de esta ambigüedad terminológica, nosotros le daremos en este trabajo un sentido referencial, para identificar aquellos grupos humanos que proceden de unidades políticas claramente individualizables y que en muchos casos, más allá de posibles diferencias étnicas, regionales o político reivindicativas (puede agrupar a varios grupos étnicos), los une el hecho de compartir ciertas pautas generales en común. Esto no implica por lo tanto, que esta categoría posea el mismo grado de cohesión que unifica por ejemplo a las etnias.

4) Las «clases sociales». Este es un concepto cuyo tratamiento, como es sabido, resulta ser muy complejo y controvertido. No obstante, pensamos que si el sistema capitalista tiene más que nunca plena actualidad y está atravesando supuestamente por una nueva etapa de desarrollo, mediante la reconversión profunda de sus pilares constitutivos, no podemos soslayar o encubrir la vigencia de las clases sociales, debido a que es el reflejo

del sistema que las genera. Por lo tanto, pasamos ahora a puntualizar algunos aspectos que consideramos esenciales.

En primer lugar debemos recordar que este concepto forma parte de una teoría de las clases sociales y que fue desarrollado por Marx y Engels. En este sentido, aquí se siguen los fundamentos de los autores mencionados y sus seguidores, pero esto no quiere decir que esta concepción se circunscriba exclusivamente a la ideología marxista, ni que las personas que no adhieren a esta visión no puedan extraer y acordar algunos conceptos que ayudan, sin la menor duda, a comprender mejor cómo se estructura la sociedad.

Ahora, para ir de modo más directo a una de las fuentes, citamos lo que dice al respecto Lenin, en su obra *Una gran iniciativa*: «Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que en gran parte quedan establecidas y formuladas en las leyes), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo de otro, por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social» (LENIN, 1979:32). Si bien esta definición posiblemente no engloba todas las implicancias del tema, indica básicamente que el nervio motor del concepto se sustenta en la «relación» que los diversos miembros de los grupos sociales establecen con los medios de producción. Dicho de otro modo, la estructuración de las clases se conforma a través de un proceso de complementariedad. Por lo tanto, se tornan muy discutibles aquellas clasificaciones que se apoyan de manera unilateral y exclusiva, en el concepto de «estratificación social» que es otra cosa.

El problema reside, y esto es muy común, cuando de manera «aislada», se emprende una clasificación jerarquizada, en base ya sea a la ocupación, al ingreso, al estilo de vida, o cruzando todos estos componentes, sin contemplar ni «contener», implícita o explícitamente, los aspectos genéticos y relacionales que le dan sentido al concepto de clase social. Es así que en función de lo anteriormente dicho, puede resultar válido el empleo de un esquema de estratificación social para «posicionar» a las diferentes clases que intervienen en la sociedad, pero en el entendimiento que la estratificación es un producto de las relaciones de clase y por lo tanto puede obrar como un reflejo de éstas.

A continuación se analizan las siguientes categorías relacionales:

1) «Raza-clases sociales». Este es un tipo de vinculación que teóricamente, por lo puesto en párrafos anteriores, no tiene consistencia racional, no obstante la realidad de los procesos que se desencadenaron en el escenario que vamos a estudiar, indica que desde el inicio de período colonial el componente racial fue el principal determinante para la estructuración de las clases sociales. Los «indios», los «negros» y en menor término los mestizos, estaban por definición signados a ocupar los escalones más bajos. Se manifiesta por parte de estos grupos una debilidad concreta para poder oponerse y superar las técnicas y designios del sector dominante. El mismo supo aprovecharse de aquellas civilizaciones con un perfil técnico más bajo, para sojuzgarlos y explotarlos en benefi-

cio propio, dentro de un modo de producción donde la fuerza de trabajo era el componente principal. De ahí en más, explotación y piel oscura estuvieron siempre asociados. En concreto, al disponerse de estos recursos humanos, pasaron a constituir con el andar del tiempo, los primeros grupos que se proletarizaron.

Lo cierto es que, como consecuencia de los sucesivos relegamientos a nivel generacional, todavía en la actualidad, estos agrupamientos y sus diversas variantes de mestización, siguen ocupando en general, las posiciones más bajas de la escala social. Y lo que es peor, todavía se mantienen en gran parte los prejuicios que descalifican a estos sectores, sin conocer muchas veces los que manifiestan este sentimiento los procesos que los engendró.

En definitiva, en esta historia fue el trasfondo civilizatorio el que verdaderamente articuló esta vinculación.

2) «Etnia-clases sociales». El análisis valorativo de este tipo de asociación es incuestionable. Luis Vitale dice lo siguiente: «Sin el estudio de la relación etnia-clase es imposible explicar la lucha de clases, el modo de vida y las diversas manifestaciones de nuestra cultura. Justamente, la especificidad de América Latina sólo puede entenderse a la luz de la relación etnia-clase» (VITALE, 1992:160). Y nuevamente Stavenhagen, a su vez, expresa: «Enfatizar la clase y descuidar la cultura es tan unilateral como enfatizar la cultura y descuidar la clase. La toma de conciencia clasista y la toma de conciencia étnica son dos procesos paralelos y ligados entre sí dialécticamente, es decir, se incluyen recíprocamente» (STAVENHAGEN, 1989:18). Es evidente que esta conexión tiene sustento teórico, pero está muy sesgado al entorno «indígena» latinoamericano casi exclusivamente. No engloba en general a todo el universo de agrupamientos humanos, como pueden ser la diversas nacionalidades y minorías, tanto de origen extra-continental como continental y que no conforman estrictamente grupos étnicos (o por lo menos de origen amerindio); no obstante, para ellos la vinculación entre cultura y clase también tiene validez e incidencia real.

A fin de salvar estas limitaciones de apreciación y desde una perspectiva geográfica, que de por sí conlleva un criterio holístico, proponemos la categoría relacional que a continuación especificamos.

3) «Complejos culturales-clases sociales». Con este tipo de conexión, procuramos instrumentar un concepto vinculante más amplio, genérico, que contemple a las etnias y nacionalidades de los grupos sociales intervinientes, tanto en los diferentes espacios continentales como en el tiempo, debido a que de este modo quedarían involucradas todas las variantes y matices que distinguen a los diversos agrupamientos humanos en su relación con las clases sociales. Se entiende que por su amplitud significativa, puede incluir a grandes espacios habitados por diversos pueblos, con algunas características centrales básicas de homogeneidad cultural, poseedores de paradigmas directores en común con respecto a ciertas concepciones y forma de vida. A su vez, esta noción conectiva tiene la supuesta ventaja de servir, primero, de «marco de referencia» como elemento ordenador primario ante los diferentes mundos culturales que se entrecruzan en América Latina, y segundo, no impide que a posteriori se pueda descender a categorías socio-culturales

vinculantes más específicas, en la medida en que se tenga necesidad de avanzar en los análisis. En resumen, tiene la conveniencia de incluir dentro de su contexto a todas las relaciones que se establecen entre categorías culturales y clases sociales.

DESARROLLO DE LOS PROCESOS SOCIO-CULTURALES EN EL NUEVO CONTINENTE

En lo que respecta al desarrollo específico de los complejos culturales que incidieron en el nuevo continente, podemos puntualizar lo siguiente.

Como es sabido, en tierras americanas «convergiaron» principalmente tres componentes culturales y cada uno de ellos, con sus diversos aportes de nacionalidades y etnias, se entrecruzaron biológica y culturalmente en variadas proporciones con las otras corrientes interactuantes.

El «complejo cultural amerindio», formado por muy diversas etnias, sufrió un fuerte impacto disgregador. Unos desaparecieron abruptamente, y los otros en general disminuyeron sustancialmente su composición numérica, además de ir perdiendo día a día -por fenómenos de diferente índole- su identidad.

El «complejo cultural africano», que se integró de manera forzada, estaba constituido, por su procedencia, por numerosos grupos étnicos que debido a las características de inserción en las economías tropicales, no pudieron en suelo americano en general conformar grupos étnicos, a causa de la gran fragmentación y dispersión geográfica que sufrieron sus miembros.

El «complejo cultural europeo» contribuyó en Latinoamérica y el Caribe, con numerosas nacionalidades, aunque predominaron las de origen mediterráneo. Muchas de ellas, con definida homogeneidad general o regional. En lo referente a los grupos étnicos de origen europeo -si se puede considerar a algunas comunidades de esta procedencia como tales-, estos incidieron en franca minoría en relación con las nacionalidades y su aporte fue, desde luego, mucho menor.

Con respecto al «lapso temporal» en que actuaron los dos complejos culturales extracontinentales, el flujo africano prácticamente se terminó de cortar a mediados del siglo XIX; en cambio, el europeo contribuyó con fuertes aportes, aunque con diversas fluctuaciones, hasta tiempos muy recientes.

En cuanto a los «aportes cuantitativos», el componente europeo se intensificó notablemente a partir de mediados del siglo pasado hasta la primera guerra mundial, pero sus asentamientos fueron selectivos y afectaron a pocos países de la región. Esta última característica va a marcar diferencias en los procesos de mestizaje que se producen entre las numerosas áreas del subcontinente.

En síntesis, esta convergencia entre diversas civilizaciones, va a producir a través del tiempo un mestizaje con diferentes grados de intensidad. Pero en general, este entrecruzamiento biológico y cultural se torna preponderante y se manifiesta como una constante, en casi toda América Latina. Por cierto que las pautas culturales que van a

prevalecer, casi siempre corresponden a las del grupo dominante. En cambio las otras -del sector dominado- se van a filtrar de manera segmentada, con un poder de penetración -aunque a veces parcialmente fuerte- muy relativo.

Ahora, dentro de la realidad latinoamericana, uno de los aspectos que merece especial atención consiste en la confusión y alteración que se genera cuando se considera de manera equivalente o semejante etnia y nacionalidad, con características antropológico-físicas. Dicho de otro modo, cuando se reemplazan las características físicas (raza, en un sentido flexible) por el concepto de etnia o nacionalidad. Estos criterios reduccionistas conllevan varios significados.

Primero, confunden y alteran la realidad, al reducir la multiplicidad de cultura existente en cada una de las tres áreas continentales interactuantes a un mismo plano de isomorfismo cultural.

Segundo, cuando se correlaciona de este modo, implícitamente en general, se da preeminencia a las características físicas por sobre las culturales, como si estos atributos por sí solos permitieran diferenciar las razas sobresalientes que identifican los procesos constitutivos de las sociedades latinoamericanas.

Tercero, con este enfoque se relaciona de manera indiferenciada y reduce a los diversos gradientes civilizatorios de los complejos culturales intervinientes, por sus «características físicas» más visibles, como si estas externalidades somáticas fueran suficientes para explicar la variedad de culturas que coexisten en cada ámbito territorial.

Por otra parte, una vez hechas las siguientes aclaraciones, lo cierto es que históricamente las «características físicas» fueron las que realmente se utilizaron para distinguir por procedencia continental a los tres principales grupos intervinientes. Esta clasificación primaria -tácitamente con un fuerte sesgo racial- no se limitó y quedó en una simple distinción «de superficie», sino que implicó por sobre todas las cosas una diferenciación de «superioridad» real y supuesta, en los grados de desarrollo civilizatorio. El complejo cultural prevaleciente impone de este modo su superioridad al resto de los otros complejos participantes, a través de la posesión de elementos técnicos más evolucionados y por una «intencionalidad» expresa de dominación y explotación de los mismos, a fin de extraer los mayores beneficios de los nuevos espacios. Por lo tanto, resulta fundamental, desde el inicio de esta «apropiación» territorial, «subordinar» a la población amerindia y africana, para que generen -con su imprescindible fuerza laboral- en función del modo de producción que se establece, el mayor caudal de ganancias posibles.

Esta estrategia va a establecer un «encasillamiento» desde los albores de la colonia -siguiendo una precisa lógica desprovista de toda consideración de equidad-, en los estamentos más bajos dentro de una rígida estratificación social, a los integrantes de las culturas signadas como inferiores. Aquí va a prevalecer una óptica claramente «racista» que se sobreimpone, uniformiza y desconoce a la multiplicidad de culturas que concurren en este escenario social. En estas instancias toman verdadera relevancia los calificativos de «indios», «negros», y los tipos humanos surgentes del mestizaje, como los «mulatos», «mestizos» y otros.

Estos grupos tipológicos se van a insertar rápidamente dentro de la estructura de clases que se irá conformando. Ocuparán, desde luego, por sus relaciones con los medios de producción, los últimos lugares de la escala social.

Vemos así cómo se establece una última correspondencia entre características antropológico-físicas y clases sociales, que en primer lugar, en un sentido esquemático, se puede sintetizar entre razas - clases sociales, pero que en realidad, como es sabido, han sido los factores culturales de los diversos grupos intervinientes los que verdaderamente han mediado en la formación de las clases sociales surgentes.

En definitiva, con respecto a las relaciones establecidas entre las principales categorías analizadas, se puede concluir con las siguientes reflexiones.

1) Está claro que históricamente los vínculos que se establecieron entre los tres grandes componentes culturales participantes en la conformación de la estructura de clases en América Latina, fueron en sus inicios básicamente entre raza - clases sociales. Dicho de otro modo, fue el criterio racial ligado al sistema de producción social que se determinó, el que predominó fundamentalmente en la categorización de las clases sociales. Más adelante se comprueba en muchos casos cómo estos criterios discriminatorios se aplicaron también entre las diferentes nacionalidades europeas y de otras áreas del mundo.

Por cierto que, en la actualidad, este criterio discriminatorio mantiene su vigencia, pero de una manera mucho más compleja. Exceptuando aquellas áreas con un fuerte componente indígena o negro -que por cierto son muy representativas y de grandes dimensiones-, donde es de suponer que la discriminación sigue teniendo gran vigor, pero envuelta en muchos casos con un disfraz discursivo que niega estas diferenciaciones, lo que va a predominar en general en la región es una nueva estructuración social basada, principalmente, en las modernas relaciones de producción que desde hace tiempo pujan por imponerse en correlación con el nuevo giro que están asumiendo las economías latinoamericanas. A pesar de estos cambios, al no haberse conformado todavía en las diferentes sociedades nacionales una matriz sociocultural homogénea, persiste y se suma concomitantemente a las nuevas estructuraciones sociales, en forma subyacente o más o menos explícita, el criterio discriminatorio con respecto al origen racial de las personas y que va a incidir consecuentemente en la inserción social de las mismas.

2) Otro aspecto -desde el punto de vista de la crítica- que merece ser contemplado, es con respecto al significado que se le suele dar en ciertos trabajos a algunas de las categorías que estamos analizando.

En ese sentido, consideramos que a veces se producen las siguientes desviaciones:

2.1. Ciertos autores, cuando analizan a nivel macro los grandes conjuntos socioculturales, reemplazan el concepto de «raza», en el sentido de características físicas sobresalientes, por el de «etnia». Aquí al nuevo término se le da un sentido equivalente o casi equivalente al de raza. Se tergiversa indudablemente el significado conceptual de las mencionadas categorías.

2.2. Se produce también una alteración cuando se involucran numerosas formaciones

culturales, o sea diferentes etnias, con el rótulo simplista de etnia en singular.

3) En síntesis, y en función de todo lo expuesto, corresponde considerar:

3.1. Que no se pueden confundir categorías socioculturales con categorías de tipo antropológico-físicas.

3.2. Que no se pueden sintetizar las diversas categorías culturales existentes -fuera de toda especificidad- en un simple nexo entre etnia - clases sociales, debido a la complejidad que se representa entre los numerosos gradientes culturales que se manifiestan en América Latina.

3.3. Que de acuerdo con lo arriba expresado, cuando se involucra genéricamente en los análisis a los grandes componentes culturales, sería posiblemente más adecuado - como ya se sugirió- establecer una correspondencia entre «complejos culturales y clases sociales».

De este modo quedarían incluidas todas las diversidades y matices que caracterizan a los grupos humanos en su relación con las clases sociales.

A su vez, por otra parte, el desarrollo de todas estas relaciones tiene, implícita o explícitamente, un correlato territorial. Se analizará, por lo tanto, a continuación la función del espacio en este tipo de vinculaciones.

EL ROL DEL ESPACIO EN ESTE TIPO DE RELACIONES

Aunque posiblemente la geografía no juegue un papel aparentemente central en este tipo de vinculaciones, creemos que tiene algo que decir. En primer lugar, en la relación que se establece entre estos tres grandes complejos a la que nos referimos, vemos que involucra territorios de gran magnitud. Se entrecruzan los más diversos elementos y vivencias sociales provenientes de sus respectivos medios de origen. Confluyen hacia América nuevas especies de animales, vegetales, técnicas, estructuras políticas, orden jurídico, costumbres, ordenamiento social, etc. A su vez, se explota y lleva a Europa un conjunto de productos valiosos por todos conocidos (que obviamente es la principal razón de ser de la ocupación americana), conjuntamente con vegetales de gran valor alimenticio y que pronto tendrán una gran difusión. En este intercambio -asimétrico, desde luego- queda afuera el continente africano, el cual se va a caracterizar en este proceso por brindar todo lo que puede dar en ese momento: nada menos que el aporte de su humanidad, para no recibir nada a cambio. En una palabra, estos macro territorios participan con sus sociedades de origen en la transformación de un nuevo mundo en el continente americano.

El papel del espacio en este tipo de conexión a nivel continental, es más difuso, sutil, global, mediatizado, aparentemente no relevante, pero a pesar de ello sirve de punto de referencia de todos estos procesos.

Luego la geografía puede analizar los aspectos más concretos, tangibles, que no es otra cosa que la ocupación diferencial del espacio por parte de las diversas clases sociales, en función de sus respectivas capacidades económicas, que determinan la calidad de los

asentamientos. Aquí median diferentes variantes de ocupación, y es así como podemos observar:

a) La ocupación de los territorios correspondientes a las fronteras interiores de los países latinoamericanos por diversos grupos étnicos -disminuidos demográficamente y en general en franco proceso de desculturación-, como el último lugar de asentamiento grupal que les queda.

b) La ocupación diferencial de las áreas rurales en función de la calidad y tamaño de las tierras disponibles, que obviamente están en íntima relación con el rol que le corresponde a cada grupo socio-económico dentro de la estructura de las clases sociales. Al respecto, merece especial atención la ocupación de las áreas deprimidas donde se manifiesta la tradicional dualidad entre terratenientes y capas sociales sumamente empobrecidas, cuya permanencia en este tipo de territorios pende de un hilo.

c) La ocupación de los centros urbanos, que merece una especial consideración, sobre todo si se tiene en cuenta el acusado incremento de la población que se observa en este ámbito. Es indudable que, desde la perspectiva de análisis de las clases sociales, es el más complejo y ubicuo de precisar. Es sabido que el mecanismo de complementariedad de las clases sociales en el proceso económico determina alternen todas las partes de la sociedad en un reducido espacio asignado a tal fin. La distinción, a escala puntual, de los lugares donde se habita, trabaja, y de algunos centros de reunión se torna muy difícil de discernir por capa social, porque no siempre corresponden en este sentido a espacios homogéneos.

Además existen espacios en común de circulación y estadía reducida, que complican aún más todo tipo de diferenciación a nivel espacial. A pesar de estos inconvenientes clasificatorios, en América Latina, y muy especialmente en las grandes ciudades, se distinguen nítidamente, en muchos casos, áreas urbanas en extremo polarizadas socioeconómicamente. Por otra parte, lo paradójico de la ocupación urbana es que el deterioro ambiental, que en general se manifiesta con especial intensidad en las áreas metropolitanas, afecta -aunque en forma diferencial- a todas las clases sociales que habitan las ciudades.

En síntesis, la ocupación del espacio por las diferentes clases sociales, y esto no es ninguna novedad, se ha expresado históricamente en América Latina de manera absolutamente asimétrica. Lo interesante es explorar cómo, a través del uso adecuado del territorio, en el sentido de su aprovechamiento integral y racional, se pueda brindar a los sectores más débiles de la sociedad la oportunidad de vivir acorde con lo que establece la dignidad humana. Desde este punto de vista, cabe la siguiente reflexión. Vemos que hay dos caminos -entre otros posibles- para emprender los estudios (por ejemplo, los referidos a la organización espacial) que supuestamente deben tender a modificar la realidad a la que hacemos referencia. Uno que consiste en presentar propuestas de solución en base a la política socio-económica imperante en un lugar y en un momento determinados, y otro que consiste en ofrecer alternativas «no sujetas» o sujetas estrictamente a condicionamientos predeterminados.

BIBLIOGRAFIA

- BRAUDEL, Fernand, (1973). Las civilizaciones actuales. Madrid, Ed. Tecnos.
- BRETON, Roland, (1983). Las etnias. Barcelona, Ed. Oikos-Tau.
- CLEMENTI, Hebe, (1984). El miedo a la inmigración. Buenos Aires, Ed. Leviatán.
- CUNILL, Pedro, (1976). La América andina. Barcelona, Ariel.
- GARCIA CANCLINI, Néstor, (1992). Culturas híbridas. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.
- GEORGE, Pierre, (1983). Geopolítica de las minorías. Barcelona, Oikos-Tau.
- GOUROU, Pierre, (1981). Introducción a la geografía humana. Madrid, Alianza Universidad.
- LAROQUE, Pierre, (1982). Las clases sociales. Barcelona, Oikos-Tau.
- LASSERRE, Guy, (1976). América media. Barcelona, Ariel.
- LENIN, V., (1979). Notas críticas sobre el problema nacional. Moscú, Ed. Progreso.
- LUKACS, Georg, (1985). Historia y consciencia de clase. México, Ed. Grijalbo.
- POULANTZAS, Nicos, (1977). Las clases sociales en el capitalismo actual. México, Siglo XXI.
- PRATT FAIRCHILD, Henry, (1966). Diccionario de sociología. México, F.C.E.
- RIBEIRO, Darcy, (1969). Las Américas y la civilización. Buenos Aires, C.E.A.L.
- RIBEIRO, Darcy, (1971). El proceso civilizatorio. Buenos Aires, C.E.A.L.
- SCHMIEDER, Oscar, (1980). Geografía de América Latina. México, F.C.E.
- STAVENHAGEN, Rodolfo, (1973). Las clases sociales en las sociedades agrarias. México, Siglo XXI.
- STAVENHAGEN, Rodolfo, (1989). Problemas étnicos y campesinos. México, Instituto Nacional Indigenista.
- VITALE, Luis, (1992). Introducción a una teoría de la historia para América Latina. Buenos Aires, Planeta.